

Rafael Estrella Ureña, líder de la revolución dominicana

EL carácter feudal de la revolución americana de independencia ha continuado imprimiendo fisonomía a las luchas armadas posteriores a las de la república. Las han dirigido siempre sectores disidentes de la oligarquía dominante, segregados de su grupo social y político por sugerencias de una impaciencia que los impulsaba a no esperar turno en la «rebatña» de la cosa pública. Las masas, docilizadas por su instinto gregario, con la esperanza indefraudable de un destino menos duro, se dejaron guiar mil veces a la carnicería. Triunfante o no la revolución, para ellas el resultado fué siempre igual. Millares de campesinos quedaron tendidos en los campos de la lucha; los sobrevivientes regresaron a su misma vida de ilotas. Este proceso, constante histórica en la evolución política de casi todos nuestros pueblos, ha tendido a desvirtuar el alcance y el sentido social de las revoluciones. Las masas niegan intuitivamente sus simpatías hacia movimientos subversivos. Las minorías enteradas, más conscientes y más responsables de sus actitudes, no vacilan en condenarlos. Es de urgencia, por eso, reivindicar el sentido de los movimientos armados que no se originan en disidencias oligárquicas sino que tienen hondo arraigo en la conciencia popular.

La reciente insurrección en Santo Domingo es uno de ellos. Las masas se lanzaron a la guerra espontáneamente. Sus guías no han sido parásitos de burocracia. La tendencia y fines de la lucha son diáfanos. Engreído el presidente Vásquez en el ejercicio del mando, lanzado por un atajo que lo llevaba, fatalmente, a desembocar en el «cesarismo democrático», le salieron al paso, rifle en mano, los ciudadanos celosos de su decoro social. La lucha ha sido rápida. De los cuatro costados de la república convergieron a la capital las guerrillas rebeldes. Hasta el ejército—donde fincaba sus pretendidas «seguridades» el déspota en gestación— supo cumplir con su deber y le dió la espalda en el momento preciso. El gobierno de Horacio Vásquez había terminado. Vásquez, su Primer Vice Alfonseca y cuatro de los Secretarios de Estado fueron obligados a renunciar. Se encargó del gobierno y de la administración de la república un directorio de emergencia, que manejará los negocios públicos hasta la normalización completa del país.

Si el movimiento de Santo Domingo no ha sido una asonada cuartelaria, semejante a los golpes de Estado de Benavides, de Orellana, de Tinoco, etc., tampoco es su jefe un soldadote audaz, analfabeto y valiente, al tipo de los que llenan con la historia de sus tropelías el ciclo de la república en latinoamérica. Rafael Estrella Ureña es hombre de pensamiento y hombre de acción. En el aula universitaria nutrió de ciencia su espíritu y lo templó luego para la lucha en la aventura del campamento. En la política de su país ha actuado activamente, desde los días de universidad; y de su actuación le queda en haber una verticalidad que le honra. «Es todo un hombre», escribió de él José Vasconcelos, recordando la fórmula de Unamuno. Cuando el gran mexicano, perseguido por Obregón, mal visto por el gobierno yanqui, visitó las Antillas, Estrella Ureña, entonces Secretario de Educación de Santo Domingo, lo llamó a su país. Los manejos del Ministro yanqui y de los traidores criollos para frustrar esa visita se estrellaron contra la voluntad de Estrella Ureña, quien llegó a amenazar al Presidente con presentar la renuncia de su cartera ministerial. De la Secretaría de Educación salió Estrella para las filas opositoras. En ellas militó con formidable dinamismo, en la jornada diaria del periódico y del mitin; y cuando estas armas de lucha social no bastaron para señalar mejor rumbo a los dirigentes de la república, fué él quien asumió la responsabilidad de guiar a las masas a la protesta armada.

La actuación de Rafael Estrella Ureña nos da tema para algunas consideraciones acerca de un nuevo tipo de militante político que el troquel de las generaciones jóvenes ha venido fundiendo. Ya de ese tipo, inédito hasta hoy en nuestro complejo social, se han dado realizaciones. Rafael Estrella Ureña es uno de ellos. Nos referimos al caudillo civil, hombre de pensamiento y hombre de acción, apto mentalmente para las responsabilidades del gobierno y militante decidido en empresas de audacia. Al caudillo ecuestre de los días inmediatamente posteriores a la independencia, sucede, a través de cien años de evolución, el nuevo guiador de masas, el líder consciente y apto para la lucha en todos los terrenos, economista hábil y jefe atrevido de guerrillas en la hora difícil del asalto. La inteligencia entra en función activa, En vías de trascender nuestra «era del instinto»—para aplicar un concepto de Waldo Frank—, ya las masas no tienden a encarnarse en «intuitivos», sino en individuos capacitados en la ciencia difícil de gobernar pueblos. Hasta ahora, el intelectual americano había figurado sólo con cometidos incoloros de «comparsa» en los movimientos revo-

lucionarios. Hombres contemplativos, descastados por un concepto libresco de la vida, se avenían a ser simples colaboradores literarios de empresas donde los imbéciles ocupaban la vanguardia directora. La nueva juventud continental, orientada por una visión realista de problemas y de hombres, consciente de su fuerza y de su destino, segura de sí misma, piensa y actúa en otra forma. Los revolucionarios jóvenes han dado ya de escobazos a los indolentes que forman en sus filas y está dispuesta a demostrar—y lo está demostrando ya—que es tan apta y tan capacitada para enfrentarse a un problema social como para guiar hombres a la protesta armada. El mito de los «guapos» quedará destruido esta vez.

Esta noticia urgida, escrita como periodista, acerca de la personalidad de Estrella Ureña está descarnada de todo propósito sectarista. En mis andanzas de desterrado viví durante algunos meses en Santo Domingo, donde me vinculé estrechamente con sus hombres de vanguardia y me puse en contacto con sus problemas vitales. La hospitalidad ancha que me dió esa tierra se la devuelvo en desinteresada preocupación por su vida social. Eso es todo. Hablo de hechos y de hombres con la perspectiva de la distancia, que me sitúa por encima de rencillas domésticas. A través de mi ideología tamizo los acontecimientos. Seguro —eso sí— de que si los líderes de la insurrección dominicana, en el ejercicio del poder, llegaran a traicionar su plataforma de hoy, los combatiría con la misma aspereza que me merecieron Horacio Vásquez y su gobierno.—R Ó M U L O B E T A N C O U R T.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Marcel Proust y Alexandre Arnoux

¡E! aquí dos grandes espectadores al acecho! Ante el inmenso y variado panorama de la vida, se han instalado a contemplarla para describirla, el uno con lente de microscopio, el otro con lente de telescopio; aquél contando el tiempo con el segundero del reloj, éste haciendo de los años minutos. . . . Y mientras Marcel Proust (psicólogo, analista) pega su fino oído sobre el pecho de un hombre particularizado para anotar con sutileza indecible los